

## Una invitación indeclinable para una colección de arte sorprendente...

### Ecós franceses en la colección de arte colonial del Museo de Bellas Artes.

El buen gusto, la predilección por lo novedoso, el afán de universalidad, el juicio profundo mezclado con una irreverente pose de supremacía son atributos del arte cubano que remiten a indudables huellas francesas. Francia estuvo y está profundamente ligada al alma de la cubanidad como lo han estado y están la ascendencia española debido a razones históricas. Pero Francia ha emergido siempre con talante propio y asombrosa capacidad de iluminación tanto en la vida, las costumbres y el modo de entender libérrimamente el mundo.

Una ruta singular sobre estas influencias puede escudriñarse a través de la selección de obras desplegadas en la sala de arte colonial del Museo Nacional de Bellas Artes de Cuba.

Diversas circunstancias históricas y culturales han contribuido a este entrecruzamiento entre el alma cubana y las arterias francesas. Recordemos la fundación de la flamante Escuela Gratuita de Pintura y Dibujo en 1818 por el artista galo Juan Bautista Vermay, ex alumno de Jacques Luis David quien llega a La Habana desde Nueva York por solicitud del Obispo Espada. Hecho crucial que desplegará una manera de entender el arte y desplegar metódicas de enseñanza *a la francesa* en una escuela devenida academia que, con el paso del tiempo, enriquecerá su claustro mediante formadores italianos, españoles y galos.

Obras de este período como *Retrato de Hombre* (1819) y *Retrato del Capitán General Dionisio Vives* son muestras relevantes de semejante legado, a disposición del público en la referida sala.

Paralelo evento de interés que enlaza la presencia de artistas franceses en la Isla con su repercusión en la evolución de los estilos dominantes durante el siglo XIX-romanticismo y realismo- se focaliza en el fenómeno de los denominados artistas emigrados y exiliados, entre los que descuellan Guillermo Collazo, Esteban Chartrand y Dubois y Federico Cavada.

Al estallar la Revolución Haitiana en 1791, procedentes de ese país llegan a Matanzas gran número de familias francesas interesadas en el cultivo del café y la caña de azúcar. Nacidos en Cuba, pero de origen francés, los hermanos Chartrand imantan por el despliegue de paisajes cubanos que evocan influjos de los paisajistas de Fontainebleau, al igual que de los luministas norteamericanos (Martin Johnson Heade).

Piezas como *Paisaje con riachuelos y animales, Marina* (1874) e incluso *Castillo de la Chorrera* (1882) esbozan elementos compositivos que parecen congelados en el espacio. Mientras resulta curioso el uso de una luz más bien otoñal, carente de la ferocidad caribeña que luego identificará la atmósfera de espacios rurales en otros paisajistas. Se trata de un fenómeno de adaptación óptica y cultural cuyas raíces se hunden en la herencia pictórica europea. Al propio tiempo que semejantes obras nacen para la fundación del imaginario criollo, resuenan en las calles matanceras los últimos retoques hechos por Miguel Failde a su reconocida pieza musical *Las alturas de Simpson* en el año 1879: Nació así el danzón, baile que fusionaría la contradanza francesa y los ritmos africanos.

Mientras la contradanza francesa se abre paso en los salones de la naciente burguesía criolla, las fincas delatan en sus nombres la apuesta por modos de vida admirativos hacia Francia y lo francés. Nacen propiedades como **La Marsella, Guanicum, Villa Bordeaux, Nuevo Mundo, Lyon, El Edén, Propiedad**. Brota un mundo de ricos terratenientes que demandan encargos a grabadores y pintores como Eduardo Laplante cuyas deliciosas recreaciones de los ingenios azucareros trinitarios han quedado resguardados en las salas de arte colonial para disfrute del visitante. Algunas son impresionantes vistas de los interiores de los ingenios con destaque de plantas de producción, espacio de calderas, viviendas de servidumbre, paisajes en lontananza...Cuadros realistas que se erigen en documentos de la segunda mitad del siglo XIX. Nuestra sala exhibe con orgullo, entre otras, las obras *Ingenio Guinía de Soto y Trinidad*, vista general tomada desde la loma de La Vigía, 1852.

Miguel Collazo es otro de los colosos de esta época. Viajero pertinaz, durante 1888 escoge París como residencia temporal. Abre allí su lujoso estudio en la Avenida Víctor Hugo, gabinete devenido centro de reunión del Comité Cubano de París formado por emigrados que luchaban por la independencia de la Isla. Un viaje a Biarritz será otro punto de escala en su itinerario. Nacen rápidos apuntes de la costa francesa cuyo rendimiento serán paisajes aborascados que, no obstante, revelan su estirpe académica inicial. De este período la colección preserva joyas invaluable como *Voluptuosidad y Dama sentada a orillas del mar*. La primera matizada por la fascinación del autor frente al mundo mágico de Toulouse -Lautrec y sus provocativos personajes del Moulin Rouge, mientras la Dama...evoca la mejor tradición pictórica francesa.

El Cambio de siglo es un segmento de especial interés en la colección de este periodo marcado por transiciones en lo artístico y estético, además de lo histórico. Para el arte implicó encrucijadas en cuanto a la adopción de discursos plurales, el uso de recursos

estilísticos opuestos y la presencia de un mismo autor capaz de hacer obras de diferente rumbo artístico. En ello radica su modernidad, encarada hacia una hibridez desenfadada de lenguajes y temas.

Armando Menocal y Leopoldo Romañach iluminan ese particular contexto con obras de elaborada factura, a cuyos atributos se suman la plenitud académica y el contacto con los aires renovadores de la plástica cubana a fines del siglo XIX.

Menocal, profundo conocedor de la historia del arte europeo, concibe una obra monumental en escala y tema: *Embarque de Colon por Bobadilla*, pieza donde encontramos asociaciones con *Las lanzas* de Velázquez, *La barca de la medusa*, de Gericault y un tratamiento inédito de la luz, entre “barbizoniana” o definitivamente impresionista. Esta actitud implica un cambio, una orientación audaz hacia la modernidad cuyos signos el espectador advertirá en un espacio privilegiado de la sala.

*Retrato de Lily Hidalgo* es otra de las piezas excepcionales expuestas y que ilustra la exquisitez retratística de Menocal. La pincelada suelta y empastada, el particular encuadre compositivo, el uso de la luz y un gusto pronunciado por la difuminación hacen recordar a Degas y escenas memorables de la paleta impresionista francesa, si bien filtrada, según algunos estudiosos, por el iluminismo español.

Mientras Menocal avanza hacia una renovación pictórica que el arte moderno profundizará por inéditos caminos expresivos, Leopoldo Romañach ofrece una mirada complementaria en los cromos utilizados, madura en sus acentos iluministas y, donde el universo plástico en sí mismo, se esboza discretamente como tema autónomo. Basta acercarse a *Marina* para descubrir un mundo nuevo en la pintura decimonónica cubana.

Joyas de impacto como las referidas, dibujan una ruta sugerente que el Museo de Bellas Artes pone a su disposición en la modalidad de recorrido especializado.

Sin dudas, una oportunidad atractiva para acercarse al patrimonio nacional desde una mirada más inquisitiva y seductora.

**Ortelio Rodríguez Alba.**

**OBRAS:**



Armando García Menocal  
**Embarque de Colón por  
Bobadilla,**  
1893



Armando García Menocal  
**Retrato de Lily Hidalgo,**  
1893



Eduardo Laplante Borcou  
**Ingenio Güinía de Soto**



Esteban Chartrand  
**Paisaje con riachuelos  
y animales**



Guillermo Collazo  
**Dama sentada a orillas  
del mar**



Guillermo Collazo  
**Voluptuosidad**